



Alguien se atrevió a proclamar que Él podía calmar la sed de todos los hombres. Él conocía la sed de todos los hombres.

El agua que Jesús nos está ofreciendo es la participación en su Espíritu: “Al que tenga sed, yo le daré del manantial del agua de la vida”. Espíritu de alegría, de paz, de amor. Quien beba de este espíritu se inunda para siempre de dicha perfecta.

Y esto es lo que Jesús quiere para nosotros, que seamos felices. Y lo que nos dice es esto: si seguís mi camino, si buscáis lo mismo que yo, vuestra vida será como un torrente de agua en medio del desierto, como una fuente que todo lo convierte en verdor y fecundidad.

La Cuaresma nos llama a convertir nuestras vidas y a acercarnos a la vida del Evangelio de Jesús. Pero eso no es porque sí, o porque alguien nos lo mande. Es porque queremos ser felices, y sabemos que este es el camino de la felicidad.

Hemos venido para celebrar la Eucaristía, ojalá que no salgamos sin escuchar, en lo más profundo de nuestro ser, esas palabras que Jesús nos dirige hoy: **“Si conocieras el don de Dios...”**

(Juan Jáuregui)